

Si los legisladores basaran alguna vez en la experiencia, y no en intereses inmediatos, sus móviles de acción, hallarían en esto una prueba palmaria de la inutilidad de las constantes reformas, sin comprender que el alma de los pueblos no se reforma con leyes. Las leyes, repito una vez más, son eficaces cuando expresan la mentalidad de un país, pero no la crean jamás.

Harán falta sin duda muchos reveses económicos, muchos trastornos, para grabar en nuestros espíritus la siguiente noción fundamental: que la ciencia y la industria han conducido el mundo á una fase de evolución en la cual ciertas facultades tienen un papel preponderante en la vida de los pueblos. Los futuros dueños de la ciencia, la industria y el comercio serán hombres que posean iniciativa, espíritu de observación, voluntad, raciocinio y dominio de sí mismos. Estas son las cualidades que nuestros métodos oficiales no han tratado nunca de inculcarlos.

El presidente de la información parlamentaria sobre educación, M. Ribot, ha llegado á la conclusión de que nuestra enseñanza es responsable, en gran parte, de los males que aquejan á la sociedad francesa contemporánea. Yo no dudo en decir, después de haber estudiado la cuestión, que nuestra universidad es una de las calamidades de Francia.

LIBRO III

EL GOBIERNO POPULAR

CAPÍTULO PRIMERO

La intelectualidad y la multitud.

El mundo moderno se halla en presencia de un problema que ha crecido lentamente á través de los siglos, y que habrá que resolver so pena de que ciertos pueblos caigan en la barbarie.

Una de las características más ciertas, aunque muy desconocida de la sociedad actual, es la diferenciación progresiva de las inteligencias y, por consiguiente, de la posición social.

Á pesar de todas las teorías igualitarias y de las vanas tentativas de los códigos, esta diferenciación intelectual se acentúa de día en día, por obedecer á necesidades naturales enteramente ajenas á la influencia de las leyes.

Los progresos de la técnica han llegado á ser los verdaderos motores de la civilización moderna. Por su complejidad progresiva, esta técnica ha terminado por exigir conocimientos teóricos y prácticos tan vastos, iniciativas tan audaces y juicios tan complejos y certeros, que solamente los espíritus superiores pueden realizar una tal obra. Ahora

bien, al mismo tiempo que la capacidad de los directores ha aumentado, la de los ejecutantes se ha reducido mucho. La división del trabajo, el perfeccionamiento de las máquinas han hecho tan sencillo el oficio del trabajador, que el aprendizaje es casi inútil hoy día.

Por estos motivos se han formado clases distintas, cada vez más distanciadas y que la educación confunde pocas veces, porque sólo da una débil parte de las cualidades necesarias para triunfar en la vida.

Es en realidad irritante para los espíritus dominados por la pasión igualitaria el ver que la influencia de las aristocracias intelectuales aumenta cada día, en tal forma que sería difícil poder prescindir de ellas; pero este fenómeno es inevitable. Examínense separadamente todos los elementos de una civilización y se apreciará fácilmente la importancia de tales aristocracias. Sólo de ellas emanan los progresos científicos, artísticos, industriales, que constituyen la fuerza de un país y la prosperidad de millones de trabajadores. Si el obrero gana hoy día tres veces más que hace un siglo, y tiene comodidades que no poseía un gran señor del tiempo de Luis XIV, se debe únicamente á esas inteligencias superiores que trabajan para él, más que él trabaja para ellas.

Á medida que aumenta la influencia de las aristocracias, aumenta también su trabajo. La jornada de ocho horas no rige para ellas. Sólo mediante enormes esfuerzos las aristocracias modernas, las de la industria sobre todo, realizan descubrimientos y progresos. Á menudo consiguen esa opulencia que irrita á los espíritus igualitarios, pero, en realidad, las aristocracias industriales oscilan siempre entre la riqueza y la ruina, sin poder esperar

un estado intermedio: la riqueza, si todo ha sido rigurosamente previsto, combinado y dirigido; la ruina, si se ha cometido el más ligero error. El gran industrial no tiene el derecho de equivocarse. Bajo apariencias suntuosas se ocultan á veces hondas preocupaciones. Apenas acaba de construir una fábrica provista de las mejores máquinas, cuando, de pronto, un nuevo descubrimiento ó una competencia inesperada le obliga á volver á empezar. La competencia ha llegado á ser tan ruda, los descubrimientos de laboratorio tan repentinos y la inestabilidad tan general, que no puede existir tranquilidad de espíritu en el hombre que dirige una empresa cualquiera (1).

(1) El cuadro trazado aquí de la misión de las aristocracias es muy sumario, incompleto é inexacto en algunos puntos. El industrial creador, de que he hablado, es una excepción. Tiende cada vez más á desembarazarse de las responsabilidades poniendo su industria en acciones. Pero aun en este caso aparece el papel de las capacidades superiores. Según datos de diverso origen, sobre todo de Bélgica, empresas que, dirigidas por los patronos, producían 10 ó 12 por 100, no dan más del 4, ó sea la tercera parte, una vez puestas en acciones, y muchas no escapan de la quiebra.

En los negocios industriales, y en los financieros especialmente, las retribuciones no son siempre proporcionadas á la capacidad. Lo que se paga sobre todo son relaciones útiles. Un periódico bien informado hacía notar que la mayoría de los individuos que manejaban negocios financieros eran generalmente de una inteligencia limitada; eran simples corredores de negocios en su mayor parte, y las ganancias que obtenían les permitían sostener una situación brillante. Los beneficios no suelen tener á menudo la menor relación con los servicios prestados. Un periódico ha dicho, sin ser desmentido, que cada uno de los doce administradores de una de nuestras más poderosas Sociedades de crédito cobraba, á costa de los accionistas, un sueldo de unos 300.000 francos anuales por trabajo casi nulo. Tales hechos justifican las diatribas de los socialistas y no son defendibles sino considerándolos inevitables.

En el mundo antiguo no se podía enriquecer nadie sino arruinando á los demás, como lo hicieron los romanos. En los tiempos modernos es difícil enriquecerse sin enriquecer también á otros, y esto lo ha sintetizado M. Avenel en las siguientes líneas:

En los tiempos feudales se enriquecía la gente por la guerra privada, arruinando á los vecinos; más tarde por la usura pública, apropiándose los fondos del Estado. En los tiempos actuales se enriquece á los vecinos y al Estado.

La riqueza recientemente conquistada no se ha quitado al pueblo ni ha sido obtenida del rey, sino creada, sacada de la nada por la ciencia; y esta conquista individual de algunos va acompañada de una ganancia colectiva de todos, de una ganancia verdaderamente social.

*
*
*

Así, pues, la civilización del tipo moderno, creada por clases de gentes superiores, no puede vivir y evolucionar sino por ella misma. Esta afirmación es necesaria para comprender el problema á que aludo al comienzo de este capítulo. El problema es el siguiente:

Al mismo tiempo que los progresos científicos conducían á los de mentalidad superior á dirigir el mecanismo de la vida moderna, los progresos de las ideas políticas conferían más y más al vulgo de mentalidad inferior el derecho de gobernar y de entregarse, por medio de sus representantes, á las más peligrosas fantasías.

Si el vulgo eligiera para dirigir la sociedad á los hombres que forman la civilización, el problema actual estaría resuelto, pero raras veces la elección recae en tales individuos. Un antagonismo cada

vez más acentuado separa las aristocracias del vulgo. Nunca aquéllas fueron tan necesarias como hoy día, y nunca también fueron peor soportadas. La aristocracia intelectual pobre es casi tolerada por desconocida. La aristocracia industrial opulenta no se acepta ya, y las leyes sociales dictadas por los representantes del vulgo tienden continuamente á despojarla de sus riquezas.

Por tal modo, las sociedades actuales han llegado á dividirse en clases distintas, cuyas luchas constituirán la historia del porvenir.

¿Cómo conciliar tales oposiciones? ¿Cómo hacer convivir la aristocracia, sin la cual no puede subsistir un país, con una masa inmensa de trabajadores, que aspiran á aplastar á esta aristocracia con tanto furor como el desplegado por los bárbaros en el saqueo de Roma?

El problema es difícil, pero no insoluble. La historia nos enseña que las multitudes, muy conservadoras á pesar de sus instintos revolucionarios aparentes, han restablecido siempre lo que habían destruido. El triunfo más destructor de un pueblo no cambiará durante mucho tiempo su evolución. Pero, como las ruinas acumuladas en un día exigen á veces varios siglos para la reedificación, más vale evitarlas.

Un remedio muy sencillo para conseguirlo sería restringir el poder popular; su misma sencillez seduce á muchos espíritus, pero este medio es quimérico. La evolución democrática de los gobiernos en todos los países demuestra que corresponde á ciertas necesidades mentales, contra las cuales sería inútil toda recriminación. La más elemental prudencia aconseja plegarse á lo que no se puede evitar. El deber de las aristocracias es, por tanto, adaptarse

al gobierno popular y contener ó encauzar las fantasías de la multitud, como el ingeniero contiene ó canaliza la fuerza de un torrente.

Observemos por otra parte, y esto es ya un consuelo, que el dogma de la soberanía popular no es más irracional, desde el punto de vista lógico, que los dogmas religiosos, de los cuales han vivido los hombres del pasado y viven todavía muchos en nuestro siglo. A juzgar por las enseñanzas de la Historia, parece que el espíritu humano se adapta más fácilmente al absurdo que á lo racional. Digamos, sencillamente, que acaba por adaptarse á todo.

En realidad, esta adaptación de la aristocracia al vulgo sería muy fácil si los políticos, sembradores de ilusiones, no hubieran hecho germinar en el alma de las masas obreras errores y odios, únicos sostenes del antagonismo de que he hablado.

El antagonismo desaparecerá el día en que las multitudes, conscientes de sus verdaderos intereses, descubran que la desaparición ó la debilidad de las aristocracias supondría para ellas la pobreza y en seguida la ruina.

Difficil será demostrarles esta verdad elemental. Sin embargo, es claro que si el taller sin maestro, ideado por los sindicalistas, ó el taller dirigido por delegados del Estado colectivista, era, en rigor, posible al principio del siglo anterior, época en que la técnica era muy primitiva, estas formas de organización son hoy imposibles.

Los socialistas, extraños desgraciadamente á todas las realidades, vagando en la esfera de las ilusiones puras, no cesan de propagar utopías cuyo cumplimiento acarrearía la ruina de las gentes sencillas que les escuchan.

Las quimeras imbuídas en los cerebros populares están caracterizadas por el siguiente consejo de un delegado de la clase obrera, presentado y aprobado en el Congreso socialista de Febrero de 1910:

«No hay sino un medio de libertaros y es el de sustituir las propiedades capitalistas por la propiedad colectivista que, *administrada por y para vosotros*, hará de vosotros todos, siervos modernos del salariado, productores asociados y libres.»

La fábrica dirigida por obreros sería el navío sin capitán y dirigido por los marineros: no duraría más que algunos días. Administrada por un delegado del Estado colectivista, se mantendría durante más tiempo, si este delegado tenía cuidado de no cambiar nada; pero, en vez de progresar, disminuiría rápidamente de importancia y bajarían los salarios. Seguramente que nuestros funcionarios, que no tienen el menor interés en realizar cualquier mejora, no serían capaces de exponerse á los riesgos de una ruina, soportada por las grandes empresas modernas deseosas de prosperar, y por lo tanto, dispuestas siempre á introducir reformas progresivas en sus negocios.

No nos excusemos en defender tan pueriles verdades, puesto que hay millones de hombres que aún las ignoran. Sin embargo, comienzan á extenderse en Inglaterra y Bélgica sobre todo, y por ello el socialismo no ha adquirido en estos países las formas agresivas que ha adoptado en los pueblos latinos, en los cuales ha degenerado rápidamente en una guerra de clases.

El absoluto desconocimiento de ciertos principios elementales prueba la necesidad de una nueva educación de la democracia. Ésta tendría

por objeto primordial hacer comprender las relaciones que unen á estos tres elementos de la actividad moderna: inteligencia, capital y trabajo.

..

En espera de esta reforma, no iniciada todavía, y que no hay que confiar se consiga de nuestra Universidad, hay que vivir con las multitudes y para esto aprender á conocerlas.

Fijémonos, primeramente, que gobierno popular no significa gobierno por el pueblo, sino por sus directores: no son las multitudes las que forman la opinión, sino las que la siguen, y después, hipnotizadas, acaban por imponerla violentamente. Este es el mecanismo de lo que se llama un movimiento de opinión.

Nunca ó casi nunca las multitudes determinan estos movimientos. Ellas les imprimen una fuerza irresistible, pero no los crean. Cuando la ejecución de Ferrer, personaje del cual no había oído nunca hablar el pueblo parisién, algunos agitadores indujeron á 50.000 hombres á atacar la embajada de España. Exasperada por los discursos de aquéllos, sin comprender por otra parte el por qué, pues del suceso inicial no se sabía casi nada, la multitud se entregó á todas las violencias, incluso al pillaje y al asesinato. Algo asustados, los agitadores ordenaron para el día siguiente una manifestación pacífica, y la misma multitud, tan violenta el día anterior, se condujo entonces con una prudencia ejemplar.

La docilidad de las multitudes es extrema, en efecto, cuando se sabe guiarlas. El arte de manejarlas es bastante conocido por los grandes agitadores de hoy día.

Sólo en apariencia, repito, gobiernan las multitudes. Lejos de ser verdaderamente populares, los gobiernos actuales representan una oligarquía de agitadores.

Puesto que estos últimos crean la opinión, importa saber de qué mecanismos se valen. La utilidad de la psicología de las multitudes aparece ahora evidente. Paul Adam afirma con razón que: «En una democracia, la ciencia de las multitudes debe ser la principal preocupación de los influyentes».

Esta necesidad hubé de comprenderla, y por esto hace unos quince años escribí la *Psychologie des foules*, cuestión casi desconocida entonces, pero que desde aquella época ha sido objeto de numerosas investigaciones.

No me propongo repetir aquí los caracteres de las multitudes, y solamente recordaré algunos de los más importantes, claramente manifestados durante los acontecimientos recientes.

Observemos previamente que, si la psicología de las multitudes comienza á ser bastante conocida, puesto que las reglas de mi libro se utilizan diariamente por los oficiales del ejército y se enseñan en la Escuela de Guerra, no han llegado todavía á poseerla nuestros hombres públicos. Estos últimos no cesan, en efecto, de elogiar la sabiduría, el juicio y el buen sentido de las multitudes, cualidades de las que siempre se hallaron desprovistas. Las multitudes manifiestan á veces heroísmos, sumisión ciega á ciertas causas; pero raciocinio, nunca. La prueba está en la Historia. Cuando, por azar, demostraron algo, fué porque se hizo en vez de ellas.

Nuestros legisladores se forman evidentemente una idea muy inexacta de la mentalidad popular.

Imaginando que el agradecimiento es una virtud colectiva, dictan leyes inútiles y peligrosas, destinadas únicamente á agradar á la multitud. Como no presumen el intenso desprecio de las multitudes hacia la debilidad, no comprenden que sus perpetuas concesiones ante las amenazas les va despojando poco á poco de todo prestigio. Estas concesiones sólo sirven para fijar en el alma de los agitadores la convicción de que basta amenazar violentamente para conseguir lo que se desea. Apenas votada la ley que concedía retiros á los empleados de los ferrocarriles, casi iguales á los de los oficiales y á los de muchos magistrados, esos empleados, viendo lo que se obtenía por la intimidación, se reunieron para exigir salarios que, si se llegasen á obtener, reducirían casi á la nulidad las acciones de las Compañías, y es de esperar que obtendrán ese aumento.

No insistiré aquí en que el alma colectiva difiere completamente de la individual. Maneras de pensar, móviles de acción, intereses, todo las separa.

De los caracteres de las multitudes sólo tendremos en cuenta la incapacidad total para reflexionar ó el dejarse influir por un razonamiento y que motiva su sencillez, emotividad y credulidad. Las ideas sólo le son accesibles traducidas en fórmulas breves y evocadoras de imágenes. El capital es un burgués perezoso y panzudo, engordado con el sudor del pueblo; el Estado es el guardia civil y la tropa; el clericalismo, el gobierno de los curas, y el socialismo, un gobierno que atezará al burgués y permitirá al obrero comer y beber sin trabajar.

Los políticos han comprendido la impotencia de

las multitudes para representarse varias ideas á la vez y la utilidad de las fórmulas violentas y claras. Cuando se celebran elecciones procuran hallar una de esas fórmulas que les sirvan, como se dice, de plataforma electoral, como los millones de las congregaciones, el peligro clerical, el impuesto sobre la renta, etc.

Los ingleses son maestros en esta condensación, utilizando, sobre todo, la acción impresionadora de la imagen. Sus últimas elecciones prueban el valor de las fórmulas sencillas y afirmativas. Inglaterra entera se cubrió entonces de anuncios ilustrados, sin esas numerosas explicaciones de que abusan los candidatos latinos. Toda la teoría del partido unionista estaba sintetizada en algunas fórmulas como ésta: «Votar por los radicales es votar contra la potencia naval de Inglaterra». Aserción terrible en un país donde todo el mundo considera como un dogma religioso, intangible, la necesidad de la superioridad naval de Inglaterra.

Las ilustraciones acentuaban más todavía la fuerza imperativa de estas fórmulas. Una de las más impresionantes, y que seguramente determinó más votos, fué un gran cartel dividido en dos partes. Á la izquierda y debajo de la fecha 1900, un inmenso acorazado significaba la flota inglesa; al lado, un pequeño barco representaba la flota alemana. En la parte derecha del anuncio, bajo la indicación 1910, el pequeño barco alemán se convertirá en un gran acorazado, casi tan grande como el gigante inglés. El peligro de Inglaterra aparecía así evidente. Inútil es decir que nadie trataba de comprobar el valor estadístico del anuncio, pues esto hubiera sido reflexionar y dar pruebas de espíritu crítico, facultades de que siempre carecieron las multitudes.

Todas estas maniobras se basaban sobre el conocimiento perfecto del alma popular, de su emotividad, de su credulidad y de la acción de la repetición sobre ella. Si los resultados deseados no se han obtenido siempre, puesto que el Parlamento inglés está dividido hoy día en dos partidos casi iguales, es debido á que los dos adversarios emplean las mismas armas y los resultados se anulan. El elector indeciso seguía entonces el impulso del grupo al cual pertenecía.

Gracias á su sensibilidad se conmueve fácilmente á las multitudes y merced á su movilidad se las disuade también pronto. El héroe, llevado con entusiasmo al Capitolio, será precipitado con el mismo entusiasmo desde la roca Tarpeya. Robespierre, la víspera de su caída era el ídolo de la plebe parisiense y al día siguiente le llenaba de improperios, caminando detrás de la carreta que conducía á la guillotina al dios caído. Conducido al Panteón entre las aclamaciones de la multitud el cuerpo de Marat, algunos años más tarde era arrojado al muladar por la misma plebe. El cadáver de Cromwell siguió la misma suerte.

No pudiendo influir en el razonamiento de las multitudes, puesto que carecen de él, los agitadores procuran solamente impresionar su sensibilidad. Como el adversario obra naturalmente de la misma manera, el triunfo corresponderá en definitiva al que grite más y sea más violento.

Esta necesidad de la violencia es tal que se ha podido ver durante las últimas elecciones inglesas á ministros, reputados por su corrección, vociferar invectivas en sus discursos populares por el mismo estilo que las que se decían en los círculos jacobinos de la Revolución. En una arenga públi-

LA HISTORIA
SE REPITE

Stalin

ca, Mr. Lloyd George, ministro de Hacienda, declaraba que la Cámara de los Pares «era una reunión de miserables, cobardes, de pobres diablos, que no tenían bastante corazón para hacer el bien ni el suficiente valor para hacer el mal». Tales injurias eran repetidas cada día por los diversos ministros en sus circunscripciones.

En el estudio de la psicología popular se debe observar también que la conciencia de su poder y de su irresponsabilidad da á una multitud una susceptibilidad y un orgullo excesivos, y de ello los sucesos recientes han dado repetidas pruebas, algunas de las cuales he citado ya en este libro.

Cualesquiera que sean los sentimientos de la multitud, son siempre exagerados, y por eso, si su orgullo es excesivo, su obediencia y su servilismo lo son igualmente en cuanto se hallan en presencia de individuos que tengan prestigio. Ya hemos indicado con qué facilidad las órdenes más absurdas é imperativas de las Juntas revolucionarias eran obedecidas respetuosamente por las corporaciones obreras.

Este estado mental de las masas fué siempre el mismo. Un curioso ejemplo de la susceptibilidad y del servilismo excesivos que puede manifestar la multitud, según las circunstancias, lo da el siguiente extracto de las memorias de un viajero extranjero llamado Campe, que llegó á Francia en 1790. Se trataba de un proyecto de comunicación dirigido al rey que Target leía á sus colegas:

«Señor (comenzó Target, leyendo el mensaje), la Asamblea nacional tiene el honor...»

Gritos, pateo.

—¡Nada de honor! ¡Nada de honor! ¡Borre esa palabra!

«... de poner á los pies de vuestra majestad...»

Tumulto, silba estrepitosa; las paredes y los cristales temblaban.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡La Asamblea nacional no tiene nada que poner á los pies de nadie!

Target, desconcertado, volvió á comenzar con un gesto de desesperación:

«Señor, la Asamblea nacional presenta á vuestra majestad...»

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

«... la ofrenda...»

Protestas frenéticas.

—¡Nada de ofrenda!...

Y así continuó hasta el final de la sesión. El buen alemán salió de allí asustado. El día siguiente consiguió penetrar en el castillo de Versailles en el momento en que el mensaje debía ser entregado al rey; quería contemplar qué cara pondrían en presencia del rey aquellos personajes que la víspera eran tan celosos de su dignidad. ¡Ay! En cuanto Luis XVI apareció en la galería, fué un delirio unánime; los que se habían mostrado el día anterior más arrogantes, saltaban sobre los bancos para ver mejor á su amo, trepaban por las columnas y se ponían de puñillas. Un gran grito de ¡Viva el rey! conmovió todo el palacio y la Asamblea se puso dócilmente detrás del rey para acompañarle á la capilla.

* *

Al considerar los defectos de las multitudes, no hay que olvidar también sus cualidades. Su incapacidad para razonar hace posible en ellas un gran desarrollo del altruismo, cualidad que la razón debilita necesariamente y que constituye una utilísima virtud social. El individuo que razona es generalmente egoísta y difícilmente se determina á sacrificar su vida por un interés general. Sólo las

multitudes son capaces de tal abnegación. Las causas más quiméricas hallan siempre millares de hombres dispuestos á dejarse matar por ellas. Gracias sólo al concurso de las multitudes han podido nacer y desarrollarse poderosos imperios. Las multitudes no crean las civilizaciones, pero poseen el heroísmo, la abnegación y muchas de las virtudes que las hacen vivir.

Una de las últimas características de la mentalidad popular que mencionaré aquí es su extrema credulidad, ilimitada, como la de los niños; nada es imposible para ellas. Si una multitud pide la luna, es menester prometérsela. Los políticos no retroceden nunca ante tales promesas. Insinuada en una elección las más inverosímiles calumnias para vuestro adversario, y seréis creídos siempre. Evitad, sin embargo, la acusación de crímenes demasiado grandes, porque le haréis simpático. En efecto, las multitudes manifiestan generalmente una respetuosa admiración por los grandes crímenes.

La credulidad ilimitada de las multitudes no es un sentimiento exclusivo de ellas. La credulidad, y no el escepticismo, constituyen nuestro estado normal. Poseemos todos una escasa dosis de espíritu crítico para las cosas de nuestro oficio, pero fuera de este limitado horizonte, esa crítica sólo la empleamos contadas veces. No hay que creer demasiado en el escepticismo de los escépticos, pues generalmente no hacen más que cambiar el objeto de su credulidad. El paraíso socialista ha reemplazado al de las leyendas; los dioses muertos tienen por sucesores mesas giratorias, sonámbulas y fetiches.

La credulidad de las multitudes y la de los espíritus primitivos son casi iguales. Los repartidores de prospectos y de anuncios lo conocen bien y sa-

ben la influencia sugestiva de la afirmación y de la repetición. Grandes fortunas se hacen todos los días anunciando agentes terapéuticos de propiedades puramente químicas.

Si se deja entrever á las gentes sencillas una ganancia considerable por medio de un anuncio suficientemente sugestivo, el beneficio es más seguro todavía. Legiones de financieros viven de promesas inverosímiles hábilmente repetidas. Su redacción no exige un esfuerzo de imaginación; basta sólo afirmar las mismas cosas en los mismos términos. *Le Globe* ha contado la historia de las acciones de cierta mina de la República Argentina que jamás se explotó. Cada seis meses, prospectos reparatidos por millones repetían que se iba á distribuir muy pronto un enorme dividendo, y que antes de que la acción duplicase su valor era necesario comprar. El pequeño capitalista, convencido por estos ofrecimientos, se precipitaba á adquirir acciones para no desperdiciar semejante negocio. Claro está que no se repartió jamás ningún dividendo, y sin embargo, hace cinco años que la operación se repite, y gracias á esos hábiles anuncios el público ha adquirido doce millones de títulos cuyo valor no excede del que pueda tener el papel vendido al peso.

Los casos semejantes se repiten constantemente y entre ellos citaremos el siguiente que relata el citado periódico:

La credulidad del ahorro es insondable: como el infinito, no tiene límites. No pide pruebas ni verosimilitud; le bastan las promesas y las afirmaciones. Se deja seducir por charlatanes á los que se entrega sin reserva. Poco importa que las esperanzas que se le presentan ante los ojos sean manifiestamente absurdas y que al día siguiente re-

sulten desmentidas por los hechos; es tan confiado y ciego que detesta más á los que le abren los ojos que á los far-santes que le engañan.

Trasladad lo que precede á la política y tendréis la génesis del éxito de ciertos individuos y de ciertas doctrinas. Ofreced quimeras, afirmad sin pruebas, repetid sin cesar las mismas promesas mejorando las del competidor; tal es la fórmula del éxito. No nos quejemos demasiado, sin embargo, de la universal credulidad que nos domina. Pocos factores de civilización fueron tan enérgicos. Gracias á él, grandes religiones consoladoras han surgido de la nada y se han fundado poderosos imperios. La credulidad bienhechora hace posible la fe y conserva las tradiciones, sostenes de la grandeza de un país. Fe en la patria, fe en un ideal, fe en el porvenir; todos estos fundamentos de nuestra actividad mental tienen la credulidad por guardián. Los pueblos que pierden toda su fe, pierden con su alma las razones de obrar. El porvenir no es para ellos, puesto que están rotos los vínculos sociales. En declive todos los días, acabarán bien pronto estas razas, en las que habrá marcado su fin un escepticismo destructor.